

la necesidad de actuar en forma violenta.

LA CORRUPCION QUE GENERA VIOLENCIA

Para Alonso, «cuando un joven se gradúa de agente policial, en su mayoría, sale con vocación de servicio hacia la colectividad. Luego se encuentra con la terrible realidad de que existe un mundo corrompido que irá haciendo mella en su honestidad. La policía, diariamente, ve cómo no hay castigo a delincuentes que inciden constantemente en hechos delictivos. Estos salen libres al pagar una fuerte cantidad a los jueces. Cuando la policía decomisa kilos de droga, los delincuentes le ofrecen a éstos dinero para salir ilesos del castigo. Entonces, el policía se va corrompiendo. Por consecuencia, cuando un ciudadano es acusado de algún delito y es inocente, si no tiene con qué pagar, es víctima de represalias policiales y jurídicas». Con este comentario, recuerdo que un agente policial me afirmó: «es raro el policía que no reciba algún dinero extra, producto del cacheo a ciudadanos extranjeros, visitas a comercios, o decomiso a buhoneros».

LAS SOLUCIONES A LA VIOLENCIA POLICIAL

Existen vías que contribuirían a la disminución de la violencia policial. Analizando las causas, diríamos al igual que algunos agentes policiales, que a los muchachos que entren a formarse en la Escuela de la Policía se les imparta una educación profunda, íntegra. Que los estudios no sean inferiores a un año, que se realice una selección rigurosa del personal que ingrese al cuerpo policial (antecedentes de su conducta, exámenes psicológicos) y no entren por palanca o carnet político. También, debemos conseguir que los agentes policiales vivan en mejores condiciones sociales y económicas.

Pero, sobre todo, hay que educar a la población; debemos formar a los niños, para que en un futuro aquellos que decidan pertenecer a un cuerpo de seguridad sepan responder positivamente a sus funciones de resguardo de los bienes públicos y de la colectividad.

Hay policías que desean, al igual que nosotros, un cambio en su institución. El pensamiento de Simón Bolívar que está en la entrada de la Escuela de Policías debe ser un hecho y no quedarse simplemente plasmado en la pared.



VIOLENCIA - 8

Matías Camuñas

"Justicia y Paz" de Petare

Habla un cura

Williams Sánchez López es un joven de 21 años de edad, negro, pelo malo, sonrisa abierta, y dientes muy blancos. Bajito de estatura, ojos grandes y preso en el Retén de Catia desde primeros días de Enero de 1992. Durante 17 meses ha tenido que soportar una colostomía por la mala voluntad y la desidia de sus carceleros.

No conoció a su papá —cuando tenía año y medio se le murió de hepatitis— y le cae muy mal su padrastro: cuántas peleas, cuántos gritos.. «no me dejaba vivir en paz; así que me tuve que ir a la calle cuando tenía 13 años». Un tiempo después le «tiene que caer a coñazos» porque se metía demasiado con su vieja.

Williams es conocido en la mayoría de los barrios de Petare. Estamos ante un muchacho «famoso», uno de los malandros más «reconocidos» de la zona. Mucha gente que lo conoce, no lo ha visto nunca y se lo imagina de manera diferente.

En su cuerpo hay cicatrices de 9 disparos que le hicieron en cuatro o cinco atentados. En estos momentos tiene dos balas dentro de su cuerpo.. Todo alrededor de este joven habla de violencia, todo es producto del abandono, del dolor, todo está en la frontera entre la vida y la muerte.

Muchos de nosotros nos preguntamos: ¿Por qué esta situación? ¿Por qué Williams ha vivido este grado de violencia? ¿Por qué ha seguido este camino que ha llevado su vida del hospital a la cárcel, una vida de la que se «siente cansado»? ¿Por qué estos jóvenes nuestros, tantos jóvenes de los barrios de la parroquia, como Williams, a los que conocemos desde chiquitos, viven y sufren tan violentamente?

Cuando uno se pregunta, enseguida encuentra unas constantes.

En Justicia y Paz lo conocimos en el velorio de su mejor amigo, su panita, que fue asesinado de tres disparos un día de las madres. Le volvimos a ver en la noche de último novenario, en la misa del mes... Williams y los demás compañeros mantenían una actitud de «duros», rayando en la «aparente frialdad», como si nada hu-

biera ocurrido. Después supe cuánto quería este muchacho a su amigo, cuánto sufrimiento guardaba dentro de sí y se tuvo que tragar. Después he sabido que lloró amargamente la muerte de su hermano y amigo del alma...

Los dos siguientes encuentros se producen en el mismo marco: sendos velorios de otros convives. Hasta ahora nuestro amigo va de derrota en derrota, va perdiendo a sus amigos y todos han caído en la calle del barrio, por las balas de la noche.

Williams está en el Retén de Catia. Acusado de estar implicado en la muerte de un funcionario PTJ. Sabemos que es inocente, que no tiene nada que ver con esa muerte. Pero se ganó tal fama, que hoy está pagando por algo que no comió.

Estuve en el Retén de Catia el día de Lunes Santo celebrando el Domingo de Ramos en los pabellones. Todo es violencia en ese Retén. Las paredes y puertas muestran las huellas de disparos de FAL que recuerdan la masacre del 27 de Noviembre. Me encontré con un recluso con un brazo sin poder moverlo. Le hirieron el 27-N. La respuesta que le dan es que será cuando salga libre cuando le podrán atender su herida.

Pero vuelvo a las primeras preguntas: ¿Por qué esta violencia? ¿Por qué un joven al que se le ve en sus ojos destellos de buena gente, con esa capacidad para hacer amigos, para amar, para compartir, por qué un joven así termina siendo «burda violento»?

La lógica no es la misma; los patrones de conducta son diferentes; las exigencias, por lo tanto, son distintas. ¿Por qué, entonces?

«Cuando estaba en la calle, un señor mayor me enseñó a conseguir rial. Yo empecé a atracar cuando tenía 14 años. Por esas fechas estuve preso». Y de ahora en adelante la vida de Williams estará entre el hospital y la cárcel. Toda la vida sigue, desde este momento, una única dirección: «tuve mi jeva, quedó embarazada, me puse a vender droga para

que no le faltara nada, me conseguí una pistola para defender el mercado, se la presté a un tipo, cuando fui a pedírsela me cayó a tiros y desde ese momento nace la primera gran culebra. Cada vez que nos veíamos me caía a tiros hasta que me busqué una 38 y me metí en el barrio de la culebra. Le caí por la parte alta del barrio, dispuesto a terminar con eso. Le disparé, salió corriendo pero le dí en las piernas y cayó al suelo. Entonces lo rematé...»

«La policía no hace nada cuando nos caemos a tiros entre malandros. Pero yo me fui porque la familia de la culebra empezó a buscarme».

Poco a poco, alrededor de Williams se ha ido creando un grupo: la banda. Necesaria para la autodefensa, se convertirá en el espacio para vivir la amistad y la ayuda mutua. «Dentro de su lógica», por supuesto. En una ocasión, una banda llegó al Barrio Julián Blanco de Petare y tirotearon a cinco personas que no tenían nada que ver con lío alguno. Simplemente dar un escarmiento. La respuesta no se hizo esperar: mataron al jefe, al líder, e hirieron a otros miembros, entre ellos a nuestro protagonista Williams.

Definitivamente alrededor de la violencia hay un gran negocio. Las balas y municiones «pesadas» están en el mercado más baratas porque se las compran a dos funcionarios de la PTJ, petareños, que las venden. También a soldados que las traen del cuartel. De otras clases, la caja de balas está a Bs. 2.000.

Esto es en la calle. En la cárcel, son los propios carceleros y los guardines los que venden los machetes a Bs. 2.000, pero el violento por excelencia es el Director del Retén; más aún, el que genera toda la violencia que produce muertes, mutilaciones y todo el trauma que supone esta cárcel, no son los chuzos de los reclusos... es el Ministro de Justicia de turno. A ellos dos, Ministro y Director, habría que pedir responsabilidades y juzgar por las muertes que produce la violencia del hacinamiento, la violencia de los gusanos, la violencia de la asquerosa comida, la violencia de la hediondez... a ellos y a los señores jueces responsables de que los expedientes no se muevan, a esos que esperan plata, a esos abogados corruptos que engañan a pobres madres, a esos funcionarios matraqueros... Por ahí va la violencia verdadera.

**UNA COSA ES CLARA:
LA VIOLENCIA TIENE UNA
CARGA SOCIAL.
TERMINA SIENDO UNA
DENUNCIA FUERTE CONTRA
ESTA SOCIEDAD INJUSTA**

semanales, prácticamente todos sean de zonas populares: Los barrios de Petare, El Valle, Catia, Lídice, El Guarataro...? ¿Qué nos dice que la inmensa mayoría de los reclusos del Retén son muchachos de barrio?

Partiendo del caso de Williams, bien podemos concluir con unas constantes fijas.

Existe una violencia primera que genera distintas respuestas: sumisión, sentido fatalista, paciencia o sencillamente se responde con violencia. La mayoría de estos jóvenes responden con esta violencia que se convierte en denuncia social.

El muchacho de barrio sabe que para este Estado y Gobierno, él no tiene derecho a vivir: ni a estudiar, ni a la salud, ni a tener una casita más o menos, ni a superarse. Lo único que oye es la manida frase: «Guerra al hampa». Los hampones que producen esta violencia primera... ahí están, mientras que estos jóvenes se la pasan peleando para que se les reconozca que son personas... Cuando a Williams durante 16 meses se le ha negado la operación necesaria de la coloctomía, las razones que se le dan es que es un malandro peligroso. «Yo seré lo que soy, pero creo que tengo derecho a vivir», se atrevió a responder al funcionario que le negaba el derecho a la salud.

El 27 de Noviembre pasado a Williams un funcionario intentó violentarle la coloctomía.

El Estado con todo su aparato represivo es generador de violencia, de agresividad, de frustraciones... Los retenes que estos gobiernos presentan a los menores de edad —y una gran mayoría de jóvenes como Williams ha vivido la experiencia del retén— o las cárceles del país, son auténticas escuelas de delincuencia. El muchacho sale aprendiendo a ejercer una violencia más refinada y, por supuesto, a sobrevivir en medio de tantas amenazas de muerte.

La maquinaria de los cuerpos represivos es tan violenta que la tortura es «el modus operandi» cotidiano. JUSTICIA Y PAZ DE PETARE en reiteradas ocasiones ha denunciado dichas prácticas de la PTJ en El Llanito. El pasado Viernes Santo, después del Via Crucis de los Barrios, se me acercó un joven y me dijo: «Padre, yo también he sufrido como Jesús...»

Me echó el cuento: en Marzo fue detenido, llevado a la PTJ de El Llanito; durante seis días le pusieron la bolsa —tres veces cada día—, le ataban al cuello, se asfixiaba, le golpeaban en la cabeza y en el estómago, y durante dos días estuvo orinando sangre. No hizo la denuncia porque... «¿para qué? Nosotros siempre salimos perdiendo...»

Este Estado, además de ser el princi-

pal generador de violencia, es un verdadero experto en producir marginalidad. Y en esta conciencia de marginación, surge una sicología, unos patrones, un vocabulario, una conducta propia y con toda su personalidad. A esta realidad nos referíamos al principio cuando reseñamos los distintos patrones. Está abonado el campo para los posibles sociópatas. Algunos muchachos que han sufrido quemaduras, torturas, golpes por parte de funcionarios policiales, te cuentan con la mayor naturalidad las veces que han disparado, los atracos que realizan, todas sus aventuras.

Para este joven, desde esta conciencia marginal, la vida es una frenética aventura, que no importa si en cualquier momento se rompe y todo termina... ¡Se terminó esa vaina! La vida...

El no tener trabajo —¿quién me enseñó a mí a trabajar?, yo no estoy acostumbrado a trabajar...—, el estar todo el día en la esquina de la escalera porque su vida no tiene mañana, el ocio, la droga, la pistola para defender el mercado o para hacer ese rebusque, la banda y, muy jóvenes... la muerte. Todo está en relación directa y secuencial.

René tiene 18 años. Está en la cama del rancho de su mamá. Es papá de una niña de dos meses. Ha sido herido de cinco disparos. Tenía una pistola, y «unos malandros» le dispararon para quitársela. Se está recuperando, y en cuanto se sienta bien subirá al cerro y los buscará. Yo se que pronto le estaré rezando al cadáver de René. Así se lo dije. Es más, le enseñé la oración del velorio que le rezaré ¿Cuánto vale la vida para estos muchachos?

Nos preguntan qué hacer para eliminar tanta violencia, tantos muertos al fin de semana... Estamos en eso: haciendo lo posible por eliminar las causas, por eliminar la violencia primera que genera las respuestas de violencia. Nosotros sabemos que en esa transformación del Estado, en la búsqueda de este gobierno honesto y defensor de los Derechos de la Persona, siempre será más posible la transformación de la sociedad, de la familia, de la persona, siempre será más clara y decidida la opción en favor de la vida, de la convivencia, de la paz.

En Justicia y Paz de Petare tenemos experiencia de que estos muchachos, los malandros y delincuentes, están necesitados de atención, de que se les pare, de que se les tenga en cuenta; en definitiva, están necesitados de una oportunidad para la vida, de mucho cariño, que no tuvieron de pequeños.

Williams nos escribe agradecido desde el Retén y nos reitera su acción de gracias porque «no le dejamos morir».